Eduardo Villacal

Cuaderno 1

It probably started in poetry; almost everything does.
Raymond Chandler

Supongamos

Tú

La recuerdo con las manos manchadas

Se quedó

La ausencia empezó antes

Te quise tantas veces,

El olvido no falla

Idas y vueltas

Acróstico

Ellaellaella!

Vos que enamoras y yo

Sonetoide triste

Dentro de tu abrazo

No es ella

Supongamos —con cierto rigor—
que todo lo posible
y lo que no,
existe.

Que cada exhalación diverge
en una infinidad
de ramas mudas.

En alguna
no llegamos tarde.

Un horizonte de sucesos
en el que el tiempo
no falló.

Una singularidad
en la que uno
es igual a dos.

Pero en este,

en este, se conserva
solo lo que no ocurrió.

Función de onda
que se olvidó de colapsar
y quedó vibrando

en la boca,
como un beso entrelazado
que es y no.

Eso somos:

Partículas al filo
de una ley
cuántica y cruel,
que nos atraviesa.

Masa ingrávida
que, sin embargo,
pesa.

Tú
y tu risa,
encendida
escorrentía,
torrente
de gracia contenida,
imparable
fulgor de dientes
y de encías,
llameante osadía
de la boca,
en clave
de beso
o de huida.

Tú
y tus manos
frescas,
lanceoladas.
Asintóticas
piezas de lo exacto.
Geómetras
inclementes de la forma
y de la idea.
Artilugios
eclécticos del roce.
Paroxismo
a contramano
de lo obvio
y de lo injusto.

Tú
y tus ojos
verde fino,
arduo mar,
campos de trigo.
Sinfonía de linternas,
insondables lejanías

que irrumpen,
e interrumpen.
Aciertos ópticos.
Estrépitos de luz.
Exabruptos
del crepúsculo
o de la luna.

Tú
y tu hermosura
ofensiva,
delirante,
insoportable.
Entelequia
en la periferia
de la lógica.
Teorema
irrefutable.
Delicada
exageración
de lo precioso
y lo preciso.
Redención
indeclarable
de lo humano
y lo divino.

Tú,
lágrima
de viento.
Rumor
estupefacto
que *ipso facto*
me transloca.
Secreta
confabulación
del tiempo.
Suspiro
del desquicio.
Arpegio disonante

del amor
o del olvido.

Absurda
Encrucijada.
Paradoja
del destino.

La recuerdo con las manos manchadas
de vientos azules, rojos, amarillos;
con el verde exacto de los ojos, fijos
en el lienzo o el papel que la esperaba.

Cuando esculpía el gesto era distante;
arcilla que cedía al pulso taciturno
de sus manos, que eran las del mundo.
Aprendiz de diosa, altiva y desafiante.

Cuando la tuve tanto la quería.
¿Cómo no quererla cuando reía
distraída? Era un riesgo luminoso

y me acerqué de más a su destello.
El arte era apenas el reflejo.
No podía ser nunca de otro modo.

Se quedó en mi vida
como una aguja luminosa,
como un temblor sin fecha
o un error de cálculo.

De golpe me despierto con un hiato
y sinalefas que no entiendo,
como si hubieran cambiado de lugar
las vocales de mi vida.

La quiero, pero querer
me queda chico,
me queda grande.

Me aprieta en distritos imprecisos,
me sobra en lugares insólitos
y me falta
donde más la pienso.

Surge de las cosas
y se acomoda en cabeza.

A veces, la quisiera disuelta,
desarmada en partículas
que no la nombren
ni me recuerden junto a ella.

Cuando la noche se pone caprichosa,
la extraño en exceso,
con una ferocidad ridícula,
que me aprieta desde adentro.

Un latido que no sabe
si quedarse en el pecho
o romperme las costillas.

Cada tanto su recuerdo
llega filoso,
y con la fuerza con la que nunca se fue,

presenta credenciales.

Es como un animal
que me traga
y me escupe distinto.

En sueños se me aparece nítida,
casi agresiva,
se me planta delante,
más viva incluso que en la vigilia,
desafiándome
con esa forma tan suya
de existir demasiado.

En sueños actúa con descaro,
como si supiera
que ahí no puedo disimularla,
y el mundo —ese impostor—
se vuelve un lugar
sospechosamente exacto.

Cuando la pienso,
no empiezo por ella,
empiezo por un ruido.

Ando detrás de su sombra
y su risa,
perdiéndole el rastro.

Encuentro entre mis ruinas
sus ojos;
peleo contra una ausencia
que me gana por abandono.

La ausencia empezó antes de que me faltara.
Un corrimiento del aire,
una luz que dejó de insistir.
Una sílaba menos en alguna palabra.

Y el mundo siguió, claro. Siempre sigue.
Aunque ella se fuera
como la noche cuando ya no quedan
sombras que la necesiten.

Tenía luna en la voz y los ojos
de una verdad dicha demasiado tarde.
Cuando el tiempo nos llamó a un costado
ella entendió, como siempre, antes que yo.

Hay ausencias que no se quedan,
se cargan.

La extraño, pero no con nostalgia pedregosa.
La extraño con gratitud, cuando vuelve
en la manera en que el crepúsculo
se apoya sobre el mundo.

Vuelve en un perfume que no es el suyo
pero que se le parece lo bastante.
Como si el olvido, que no puede tocarla,
viniera y se quedara mirándome.

Te quise tantas veces,
y sé
que voy a volver a quererte.

Como si no hubiera
fin ni principio.
Como en el filo infinito
de la vida y la muerte.

Ya no te quiero,
y sé
que voy a volver a quererte.

Ya te olvidé otras veces,
y sé
que voy a volver a olvidarte.

Respira así, el universo:
todo se crea y destruye,
y vuelve a crearse.

Te olvidé otras veces,
y sé
que no voy a olvidarte.

El olvido no falla:
arrastra;
a veces,
desiste.

Ensaya ausencias.
Deja astillas exactas
y una luna
equivocada

Ella
gestiona el silencio
no me recuerda
me administra

Idas y vueltas

No voy
y no venís.

Como si no hubiera
un abismo entre nosotros.
Como si no pasaran
las personas a través nuestro.
Como si no tuviéramos
un puñado
de infinidades que ofrecernos.

Pero pasan, sí,
pasan las personas
a través nuestro,
y hay un abismo entre nosotros.
Tenemos todavía
un sinfín
de nimiedades que vendernos

y, sin embargo,

no venís
y yo no voy.

Acróstico

Cae la tarde, despacio como su voz tardía.
Lentamente vuelvo a reencontrarme con mi herida.
A veces sos, como una luz que viene y gira.
Una forma del amor que no negocia ni vacila.
Dejaste en mí la noche y te llevaste todo el día.
Ignoro si fue Dios, el tiempo, solo lejanía.
Acaso lo que soy y lo que no, sean tuyos todavía.

Ellaellaella!

"Nuestra alma obra ciertas cosas, pero padece ciertas otras; a saber: en cuanto que tiene ideas adecuadas, entonces obra necesariamente ciertas cosas, y en cuanto que tiene ideas inadecuadas, entonces padece necesariamente ciertas otras"
Baruch Spinoza. Ética. Tercera Parte. Proposición I. 1677.

"Hola. Terminé. Pero estoy en Panamericana yendo a los pedos […] Después vemos, después vemos. ¡No desesperéis!"
Fragmento de Audio. Primera Parte. CRV. 2021.

ella
me tragó
y me vomitó
todas las veces
me rompió
y me volvió a hacer
sólo
para volver a romperme
ella
fue siempre la mejor
en esto de hacerme
y deshacerme
ella
me masticó
con dientes de rocío
y su boca
me escupió sin dilaciones
en un chorro incandescente
ella
se volvió lo más cercano
y me hizo lo más suyo
yéndose y quedándose
indefinidamente
fue y vino
como los días
y las noches
pero no
como los días
y las noches

que sabemos
cuando van
y vuelven no
ella
secuestra los amaneceres
y libera
un interminable atardecer
no la entiendo
para qué
me recoge en basurales
y me abandona en paraísos
para qué
forjó un amor sin tiempo
si iba a negociarlo en el olvido
tal vez
porque siempre
la rodeó el aroma
del romance y la tragedia
aún en su risa
aún en su risa
que fue siempre
su mejor obra
y el orgullo
de dios
o de la naturaleza
será porque
que a mi boca
la esculpió su boca
como un beso
y a su cintura
mi brazo como un río
que nunca pude
dejar de verla
preciosa
ni dejar de mirarla
lejana
ella
me separó
el corazón de las entrañas
y se fue mordiéndolo

con una ternura
demasiado suya
no sé
si alguna vez me besó
creo que fueron
mordiscos en el alma
me hizo víctima
y victimario
quizás por costumbre
quizás sin saber
que ella
también lo sería
y al final
el recuerdo
le duró más que el amor
como previendo
que el amor dolería
aún más que el recuerdo
y cuando viene
con la violencia
de años contenidos
con la fuerza de un viento
torciendo tempestades
ella
es la dueña
de todo el horizonte
inmaculada
encandilante
furiosa

ella viene
y me traga
otra vez

Vos que enamoras y yo
que siempre supe
que hacía falta
muy poco de vos,
casi nada,
para desbordarme.

Que duré,
lo que podía durar.
Y que ahora apenas dos
o tres trazos tuyos,
que no son siquiera un boceto
o un borrador,
bastan para derrumbar
todas mis catedrales.

Decir que sos
la mujer de mi vida
y a la vez,
sólo una mujer.
Que nunca supe
tenerte un poco, o apenas.
Que nunca supe vivir
a la mitad de la cal
y de la arena.

Vos que enamoras y a mí
que no me había costado
ni un temblor enamorarme,
y que me cuesta todos
los temblores todos,
olvidarte.

Pero sos tan hermosa.
Siempre tuviste esa belleza,
que tuerce los caminos,
que se saltea las razones,
y empequeñece las palabras.

Pensar que no iba
a tenerte en mi vida
me sacó
las ganas de vivir un poco.
Un poco más que un poco.
Tal vez te quise
o tal vez te quiero.
Lo cierto es que tengo
tantos talveces
tequises y tequieros.

Vos que enamoras y yo,
que me entrego
que, como una escultura tuya,
soy apenas
lo que queda
de tus manos
que se fueron.

Sonetoide triste

Detente, sombra de mi bien esquivo,
imagen del hechizo que más quiero,
bella ilusión por quien alegre muero,
dulce ficción por quien penosa vivo.
Sor Juana Inés de la Cruz (Soneto IX)

Tuve una tristeza, triste de quererte,
para adentro, sin ruido. Como llueve
sobre el pasto que acepta y no se mueve.
Tristeza, triste de ya no tenerte.

Tristeza del ocaso hasta el poniente.
Luna de un amor yéndose al olvido.
Sol de los ojos y los brazos idos.
Tristeza de no estar, y estar presente.

Pero ¿de qué está hecha esta tristeza?,
si me pesa como una o como dos.
Si de tu risa se hizo esta tristeza,

de tu nombre en el recodo de otra voz.
De cuerpo mutilado es mi tristeza,
llena de tu ausencia, y tan falta de vos.

Dentro de tu abrazo

No importa lo que dure,
a veces, quisiera que me abraces.
Soy como un hijo de tus brazos.

Porque en todos los brazos
que te siguieron busqué los tuyos;
en todos los besos, tu boca
y tu voz,
en cada murmullo.

Porque todos los días fueron
un salto al vacío para escaparme de vos
desde que no me quisiste,
no para darme
una vida, al menos.

Estoy hecho de dudas,
de sombras que se repiten,
de un largo adiós
y de ocasos.

De la noche hueca y absurda,
cuando dejaste mi alma
clavada en la cruz de tus brazos.

No importa lo que dure,
a veces quisiera que me abraces,
y quedarme, al fin,
dentro de tu abrazo.

No es ella un ángel, es una suerte
de misterio. Algo que no entiendo.
Hacia ella fui, voy, sigo yendo,
como va la vida, ciega, a la muerte.

No son los ojos, ni el contorno
de la boca, que en un beso se congela;
es algo más hondo, y que desvela,
que me arrastra sin prisa ni retorno.

No es que no la alcance, es el modo
en el que el tiempo nos piensa. Nos separa,
y nos vuelve claros, solo en la distancia.

No es amor lo que persiste en un recodo.
No quiere ser llamado y se ampara
en ser verdad sin forma ni constancia.